



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI A LOS OBISPOS BRASILEÑOS DE LA REGIÓN SUR 1 EN VISITA "AD LIMINA"

*Sala del Consistorio
Sábado 14 de noviembre de 2009*

*Señor cardenal;
queridos arzobispos y obispos de Brasil:*

En el curso de la visita que estáis realizando *ad limina Apostolorum*, os habéis reunido hoy para subir a la Casa del Sucesor de Pedro, que con los brazos abiertos os acoge a todos vosotros, amados pastores de la región Sur 1, en el Estado de São Paulo. Allí se encuentra el importante centro de acogida y evangelización que es el santuario de Nuestra Señora Aparecida, donde tuve la alegría de estar en mayo de 2007 para la inauguración de la V Conferencia del Episcopado latinoamericano y del Caribe. Hago votos para que la semilla entonces lanzada dé frutos buenos para el bien espiritual y también social de las poblaciones de ese prometedor continente, de la querida nación brasileña y de vuestro Estado federal. Esas poblaciones "tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia" (*Discurso inaugural*, 13 de mayo de 2007, n. 4: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de mayo de 2007, p. 10). Una vez más, deseo agradecer todo lo que se realizó con tan gran generosidad y renovaros mi cordial saludo a vosotros y a vuestras diócesis, recordando de modo especial a los sacerdotes, a los consagrados y las consagradas, y a los fieles laicos que os ayudan en la obra de evangelización y animación cristiana de la sociedad.

Vuestro pueblo abriga en el corazón un gran sentimiento religioso y nobles tradiciones, arraigadas en el cristianismo, que se expresan en sentidas y genuinas manifestaciones religiosas y civiles. Se trata de un patrimonio rico en valores que vosotros —como muestran vuestras relaciones, y como monseñor Nelson refería en el amable saludo que me acaba de dirigir en vuestro nombre— procuráis mantener, defender, extender, profundizar y vivificar. A la vez que me alegro mucho por

todo esto, os exhorto a proseguir esta obra de constante y metódica evangelización, conscientes de que la formación verdaderamente cristiana de la conciencia es decisiva para una profunda vida de fe y también para la madurez social y el verdadero y equilibrado bienestar de la comunidad humana.

De hecho, para merecer el título de comunidad, un grupo humano debe corresponder, en su organización y en sus objetivos, a las aspiraciones fundamentales del ser humano. Por eso no es exagerado afirmar que una vida social auténtica comienza en la conciencia de cada uno. Dado que la conciencia bien formada lleva a realizar el verdadero bien del hombre, la Iglesia, especificando cuál es este bien, ilumina al hombre y, a través de toda la vida cristiana, procura educar su conciencia.

La enseñanza de la Iglesia, debido a su origen —Dios—, a su contenido —la verdad— y a su punto de apoyo —la conciencia— encuentra un eco profundo y persuasivo en el corazón de cada persona, creyente o no creyente. En concreto, "el tema de la vida y de su defensa y promoción no es prerrogativa única de los cristianos. Aunque de la fe recibe luz y fuerza extraordinarias, pertenece a toda conciencia humana que aspire a la verdad y esté atenta y preocupada por la suerte de la humanidad. (...) El "pueblo de la vida" se alegra de poder compartir con otros muchos su tarea, de modo que sea cada vez más numeroso el "pueblo para la vida", y la nueva cultura del amor y de la solidaridad pueda crecer, para el verdadero bien de la ciudad de los hombres" (*Evangelium vitæ*, 25 de marzo de 1995, n. 101).

Venerables hermanos, hablad al corazón de vuestro pueblo, despertad las conciencias, reunid las voluntades en un esfuerzo conjunto contra la creciente ola de violencia y menosprecio por el ser humano. Este, de don de Dios acogido en la intimidad amorosa del matrimonio entre un hombre y una mujer, ha pasado a ser considerado como mero producto humano. "En la actualidad, la *bioética* es un campo prioritario y crucial en la lucha cultural entre el absolutismo de la técnica y la responsabilidad moral, y en el que está en juego la posibilidad de un desarrollo humano e integral. Este es un ámbito muy delicado y decisivo, donde se plantea con toda su fuerza dramática la cuestión fundamental: si el hombre es un producto de sí mismo o si depende de Dios. Los descubrimientos científicos en este campo y las posibilidades de una intervención técnica han crecido tanto que parecen imponer la elección entre estos dos tipos de razón: una razón abierta a la trascendencia o una razón encerrada en la inmanencia" (*Caritas in veritate*, 29 de junio de 2009, n. 74).

Job, de modo provocativo, invita a los seres irracionales a dar su propio testimonio: "Interroga a las bestias, que te instruyan; a las aves del cielo, que te informen. Te instruirán los reptiles de la tierra; te enseñarán los peces del mar. Pues entre todos ellos, ¿quién ignora que la mano de Dios ha hecho esto? Él, que tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre" (*Jb* 12, 7-10). La convicción de la recta razón y la certeza de la fe de que la vida del ser humano, desde la concepción hasta la muerte natural, pertenece a Dios y no a los hombres, le

confiere ese carácter sagrado y esa dignidad personal que suscita la única actitud legal y moral correcta, esto es, un profundo respeto. Porque el Señor de la vida dijo: "A todos y a cada uno reclamaré el alma humana (...) porque a imagen de Dios hizo él al hombre" (*Gn 9, 5.6*).

Mis queridos y venerables hermanos, nunca podemos desanimarnos en nuestra llamada a la conciencia. No seríamos seguidores fieles de nuestro divino Maestro si no supiéramos llevar nuestra esperanza "contra toda esperanza" (*Rm 4, 18*) en todas las situaciones, incluso en las más arduas. Seguid trabajando por el triunfo de la causa de Dios, no con el ánimo triste de quien sólo advierte carencias y peligros, sino con la firme confianza de quien sabe que puede contar con la victoria de Cristo.

María, plenamente conforme a su Hijo, vencedor del pecado y de la muerte, está unida al Señor de modo inefable. Por la intercesión de Nuestra Señora Aparecida, imploro de Dios luz, consuelo, fuerza, intensidad de propósitos y logros para vosotros y para vuestros más directos colaboradores, al mismo tiempo que de corazón os imparto una bendición apostólica especial, que extendiendo a todos los fieles de cada comunidad diocesana.